

LIBRO CUARTO

ARGUMENTO

Una vez terminada la educación de la juventud de una manera completa, queda constituida la República. La opulencia y la pobreza quedarán igualmente eliminadas. La República será prudente, porque estará gobernada por un pequeño número de hombres escogidos y de buen consejo. Será fuerte, porque la educación habrá grabado la justicia en el corazón de los guerreros, y ellos sabrán lo que es preciso temer y lo que es preciso amar. Será temperante, porque será dueña de sí misma y reglamentará sus placeres y sus pasiones; esto es, la parte más estimable del hombre dominará la menos estimable. Será, en fin, justa, porque se es justo cuando se siguen tres principios: la prudencia, la fuerza y la temperancia. El objetivo de este libro es el de hacernos conocer la naturaleza del bien y del mal. Al concluirlo, Platón puede decir aquella sabia palabra de que la justicia no es otra cosa que el orden establecido en los actos del hombre que es dueño de sí mismo.

I

1. — Al llegar a este punto tomó a su vez la palabra Adimanto.

ADIMANTO

¿Qué responderías tú si se te objetase que no haces

a los guerreros suficientemente felices, y esto por culpa de ellos mismos desde el momento en que son los verdaderos amos del Estado? No disfrutan ellos de ninguna de las ventajas que el Estado procura; no tienen tampoco, como otras gentes, tierras, hermosas y grandes casas convenientemente amuebladas; no ofrendan sacrificios a los dioses; no ejercitan la hospitalidad; no poseen los bienes de que hablabas hace un instante, o sea el oro y la plata, ni en general, nada de aquello que, en la opinión general de los hombres, constituye la felicidad de la vida. En verdad diríase que los tratas como tropas mercenarias, sostenidas por el Estado sin otra misión que la de defenderle.

SÓCRATES

Mas puedes agregar que su sueldo no consiste sino de la alimentación, y que no tienen, fuera de esto, una paga como las tropas ordinarias, lo cual no les permite ni viajar por su placer, ni hacer obsequios a las cortesanas, ni hacer gastos extravagantes, como hombres que tienen la reputación de ser felices. He ahí la principal acusación que omites sin contar otras semejantes.

ADIMANTO

Agrégalas, si loquieres, a las que ya he expuesto.

SÓCRATES

Preguntas tú qué habré de responder.

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

Sin separarnos de la línea que nos hemos trazado hasta aquí, creo que es preciso responder. En primer lugar, diremos que es posible que la condición de los

guerreros, tal como la hemos establecido, pudiera ser muy feliz; pero, por lo demás, fundamos un Estado, no con la mira especial de que una clase de ciudadanos sea eminentemente dichosa, sino para que todo el Estado sea tan feliz como es posible, convencidos de que en un Estado como el nuestro tendríamos las mayores posibilidades de hallar la justicia; y de que en un Estado mal constituido no hallaríamos más que la injusticia. Y que, de esta suerte, después de haber examinado el uno y el otro, podríamos emitir concepto acerca de lo que tanto tiempo perseguimos. Por el momento, lo que queremos formar es el Estado feliz sin hacer excepción de nadie, y sin comprender únicamente a un pequeño número de ciudadanos; nosotros tenemos en mira todo el Estado. Dentro de poco habremos de examinar el Estado fundado sobre un principio contrario. Si nos ocupásemos en pintar estatuas y alguien viniese a objetarnos que no empleábamos los colores más bellos a fin de pintar las partes más hermosas del cuerpo, y que pintábamos los ojos — belleza suprema del cuerpo, — no con púrpura, sino con un color negro, podríamos contestar a nuestro censor, diciéndole: amigo, no crea usted que debamos pintar los ojos imprimiéndoles tal belleza que dejasen de serlo, y que debamos hacer lo mismo con las demás partes del cuerpo; lo que debe examinarse es, si al darle a cada parte el color que le conviene, producimos un conjunto hermoso. En este caso ocurre lo mismo; no nos obligue usted a dar a la condición de defensores del Estado una dicha que haría de ellos todo, menos sus defensores. Podríamos, si lo quisiésemos, conceder a nuestros labradores ricas vestiduras, cubrirles de oro, y no hacerles trabajar la tierra sino por su placer. Podríamos hacer que el

alfarero se recostase muellemente delante de su hogar, hacerle beber y comer, detener su rueda hasta que le pluguiese reasumir su trabajo; y hacer felices de la misma manera todas las clases de los demás ciudadanos, a fin de que todo el Estado viviese en la alegría. Guarda para ti tus consejos; si hubiésemos de seguirlos, el labrador dejaría de ser labrador, el alfarero, de ser alfarero, y veríamos desaparecer todas las profesiones cuyo conjunto compone el Estado. Aun tratándose de los demás oficios de menos importancia, el caso sería el mismo. Que los zapateros se tornen malos; que se descuiden o se hagan pasar por zapateros sin serlo, de ello no resultaría mayor mal para el Estado; pero si los encargados de hacer cumplir las leyes no son guardianes sino en el nombre, al punto verás que arrastran la nación entera a su ruina, y que sólo ellos tienen el talento de darle la felicidad y una buena administración. Por tanto, si formamos verdaderos guardianes del Estado, de todo punto incapaces de hacerle daño, y que quien así habla hace de ellos labradores, y los convierte en una especie de convidados a un panegírico (1), y no ciudadanos, tendrá en mira todo, menos un Estado. Veamos, pues, si al constituir o formar los guardianes del Estado, tenemos en mira darles la mayor suma de felicidad posible, o si nuestro objeto no es el de dársela a todo el Estado; si no es preciso emplear la fuerza y la persuasión cerca de los defensores y guardianes de la patria, así como cerca de todos los demás ciudadanos, a fin de que llenen de la mejor manera posible las funciones de que están encargados; y que una vez que el Estado haya entrado por la vía de su desarrollo, me-

(1) Fiesta popular general en la que tomaba parte toda la Grecia. Se olvidaba toda diferencia política.

diente una sabia administración, dejar que cada clase tenga en la felicidad pública la parte que la naturaleza le asigne.

ADIMANTO

Lo que dices me parece muy sensato.

2. — SÓCRATES

¿No te parece igualmente sensato este otro razonamiento del mismo género?

ADIMANTO

¿Cuál?

SÓCRATES

Veamos si no se encuentra ahí lo que pierde a los artesanos hasta el punto de volverlos malos.

ADIMANTO

¿Qué es ello?

SÓCRATES

La opulencia y la pobreza.

ADIMANTO

¿Cómo?

SÓCRATES

Vas a verlo. ¿Crees tú que el alfarero enriquecido querrá continuar ocupándose de su oficio?

ADIMANTO

No.

SÓCRATES

¿No se tornará más perezoso y negligente que nunca lo haya sido?

ADIMANTO

Sí, de una manera sensible.

SÓCRATES

¿No se tornará también mal alfarero?

ADMANTO

Si, y de una manera notable.

SÓCRATES

De otro lado, si la pobreza le ha quitado el medio de procurarse los útiles y todo aquello que es indispensable a su arte, ¿no sufrirá también su trabajo por ello? Los aprendices y los demás obreros que él forma, ¿no se tornarán también menos hábiles?

ADMANTO

No es posible que las cosas sean de otro modo.

SÓCRATES

Tenemos, pues, que tanto la pobreza como la opulencia perjudican las artes y a quienes las ejercen.

ADMANTO

Evidentemente.

SÓCRATES

He ahí, pues, otros dos elementos que nuestros magistrados se cuidarán bien de dejar penetrar en nuestro Estado en sus comienzos.

ADMANTO

¿Cuáles?

SÓCRATES

La opulencia y la pobreza. Engendra la una la ociosidad, la molicie y la guerra, por las innovaciones; engendra la otra la bajeza de los sentimientos y el deseo de hacer el mal, independientemente de la afición por las innovaciones.

ADIMANTO

Convengo en ello, Sócrates; pero considera como le será posible a nuestro Estado hacer la guerra sin tesoro, y sobre todo si se ve obligado a hacerla contra un Estado rico y poderoso.

SÓCRATES

Es evidente que le será más difícil hacerla contra un solo Estado, y que le será más fácil hacerla contra dos de su misma fuerza.

ADIMANTO

¿Qué quieres decir?

SÓCRATES

En primer lugar, si es preciso venir a las manos, ¿no tendrán nuestros aguerridos soldados que combatir contra enemigos ricos?

ADIMANTO

Sí.

SÓCRATES

¿Pero crees tú, Adimanto, que un guerrero tan experimentado como es posible serlo, no es capaz de habérselas fácilmente contra dos que no son expertos luchadores, pero que si tienen riquezas y que sienten la fatiga consiguiente a la buena vida?

ADIMANTO

No, y menos si tiene que habérselas con los dos a la vez.

SÓCRATES

¿Ni siquiera si apela a la huída, para volverse en seguida contra el que más de cerca le persiga, y emplear con frecuencia la misma táctica durante el día

y cuando es más intenso el calor? ¿No podría reducir de esta suerte, no digo a uno, sino a más de dos adversarios?

ADIMANTO

Sin duda, nada tendría ello de sorprendente.

SÓCRATES

¿No crees tú que los ricos son más hábiles y más experimentados para la lucha que para la guerra?

ADIMANTO

No lo dudo.

SÓCRATES

Tenemos, pues, que según la apariencia, nuestros atletas se batirían sin dificultad contra adversarios ricos cuyo número fuese dos o tres veces mayor.

ADIMANTO

Me inclino a convenir contigo, porque me parece que tienes razón.

SÓCRATES

Y si enviasen ellos una embajada a otro Estado, a decir, lo que por otra parte no sería sino la verdad, « que el oro y la plata no se usan entre nosotros; no nos es permitido ni siquiera poseerlos, lo que sí os es permitido a vosotros. Venid, pues, a combatir y guardaos los despojos del enemigo ». ¿Crees tú que después de haber oído una proposición semejante, prefiriese uno hacer la guerra contra perros flacos y vigorosos, a hacerla con ellos contra rebaños gordos y delicados?

ADIMANTO

No lo creo. Pero si las riquezas de los otros Estados se acumulan así en uno solo, cuídate mucho de que

ello no traiga un peligro para el Estado que no es rico.

SÓCRATES

¡Qué bueno eres en pensar que otro Estado distinto del nuestro sea merecedor de llevar ese nombre!

ADMANTO

¿Por qué no?

SÓCRATES

Es preciso dar a los demás Estados un nombre de significación más extensa; porque cuando uno de ellos no es uno solo, sino varios, como se dice en el juego (1), todo Estado encierra por lo menos dos que se hacen la guerra, compuesto el uno de los ricos y el otro de los pobres; y cada uno de éstos se subdivide, más todavía, en otros varios. Si tú les atacas a todos, como si no formasen sino un solo Estado, no triunfarás; pero si consideras a cada uno de esos Estados como compuesto de varios, y abandonas a una clase de ciudadanos las riquezas, y a otros el poder y la vida, tendrás siempre muchos aliados y pocos enemigos. Mientras que tu Estado conserve las sabias instituciones que acaban de ser establecidas en él, será muy grande; y no digo grande en la apariencia sino en realidad, aun cuando no pueda poner en pie de guerra sino mil combatientes; porque no hallarás fácilmente un Estado tan grande, ni entre los griegos ni entre los bárbaros, aunque si hay muchos que parecen superpasarles muchas veces en grandeza. ¿Crees tú lo contrario?

ADMANTO

Seguramente que no.

(1) Había entonces en el juego de dados una partida en que se jugaban villas o aldeas.

3. — SÓCRATES

Hemos determinado, pues, el límite más justo que nuestros magistrados pueden dar al crecimiento del Estado y de su territorio, renunciando a toda otra idea de engrandecimiento.

ADIMANTO

¿Qué límite es ese?

SÓCRATES

Helo aquí; yo creo que el Estado se ensancha tanto cuanto quiera sin dejar de ser uno, y que se ensancha hasta ese punto pero no más allá.

ADIMANTO

Muy bien.

SÓCRATES

Prescribiremos a nuestros magistrados que velen con el mayor cuidado a fin de que el Estado no parezca ni grande ni pequeño, sino que busquen un justo medio y que el Estado sea siempre uno.

ADIMANTO

Esto no es de mayor importancia.

SÓCRATES

Menos importancia tenía aún el recomendarles, con el mayor interés, el colocar en otra condición al hijo degenerado del guerrero y elevar al rango de guerrero al niño bien dotado, nacido en una clase inferior. Con ello queríamos hacerles comprender que es preciso dar a cada ciudadano la ocupación para que la naturaleza le ha destinado, a fin de que cada uno sea único en el empleo que le conviene, absolutamente único, para que así el Estado entero sea uno, absolutamente uno.

ADIMANTO

En efecto, este punto es aún menos importante que el otro.

SÓCRATES

Todo lo que aquí prescribimos a los magistrados, mi querido Adimanto, no es tan importante como pudiera imaginarse. No es nada; no se trata sino de observar un punto, el único importante, o más bien, el único que basta.

ADIMANTO

¿Cuál es ese punto?

SÓCRATES

La educación de la niñez y de la juventud; si los jóvenes bien educados llegan a ser hombres competentes, verán fácilmente por sí mismos la importancia de todos esos puntos y de muchos otros que omitimos aquí; la propiedad de las mujeres, los matrimonios, la procreación de los hijos; cosas todas que, según el proverbio, deben ser tan comunes como sea posible serlo entre amigos (1).

ADIMANTO

Esto sería muy bueno.

SÓCRATES

Una vez que el Estado haya recibido un buen impulso y que haya comenzado bien, va, como el círculo, agrandándose siempre. Un buen sistema de educación y de instrucción, conservador en aquello que tenga de excelente, forma buenos caracteres; y, a su turno, esos excelentes caracteres, gracias a la educación que han recibido, se tornan mejores que aquellos

(1) Alusión a la máxima pitagórica: todo es común entre amigos.

que les han precedido, bajo varios aspectos, y entre otros desde el punto de vista de la procreación, como sucede con los demás animales.

ADIMANTO

Ello debe ser así.

SÓCRATES

Así pues, para decirlo todo en pocas palabras, aquellos que están a la cabeza del Estado velarán porque no se corrompa insensiblemente la educación; pero sobre todo velarán porque no se introduzca innovación alguna en la gimnástica y en la música, contra las reglas establecidas. Deben hacer los mayores esfuerzos por impedir tal cosa, porque si un poeta ha dicho :

Las canciones más nuevas son las que más agradan (1), no debe suponerse, como sucede a menudo, que el poeta no habla de los aires nuevos, sino de una manera nueva de cantarlos, y que no debe hacerse en elogio. No será conveniente en este último caso ni alabar ni introducir innovación semejante. Es, pues, indispensable cuidarse de introducir innovaciones en la música, porque con ello se arriesga perderlo todo. No se pueden alterar nunca las reglas de la música sin quebrantar las leyes fundamentales del Estado, según dijo Damón, y yo comparto su opinión.

ADIMANTO

Cuéntame a mí también entre los que de ese modo piensan.

4. — SÓCRATES

Parece, pues, que los que tienen a su cargo la direc-

(1) *Odisea*, I, v. 351.

ción del Estado deben considerar la música como la ciudadela más importante que haya de construirse para su salvaguardia.

ADMANTO

Y por lo mismo, hay que tener presente que el desprecio a las leyes se introduce allí fácilmente, sin que uno se perciba de ello.

SÓCRATES

Si, bajo la forma de un juego y sin tener el aspecto de hacer el mal.

ADMANTO

En efecto, lo que ocurre es que al principio se insinúa poco a poco, y va infiltrándose suavemente en los usos y en las costumbres; luego se desarrolla, se mezcla, en las relaciones sociales, avanza con audacia hasta invadir las leyes y los principios de gobierno, y no se detiene sino después de haber consumado la ruina del Estado y de los particulares.

SÓCRATES

¿Será así realmente?

ADMANTO

Me parece que sí.

SÓCRATES

Es, pues, preciso que, como decíamos al principio, no se permitan a nuestros niños desde sus primeros años sino juegos sujetos a una regla más severa, porque si no se establece regla alguna en sus juegos, tampoco la habrá para los niños, y éstos no podrán llegar a ser hombres virtuosos y sumisos a la ley en la edad madura.

ADMANTO

¿Y por qué no habría de ser esto posible?

SÓCRATES

En tanto que si los niños comienzan desde temprano a seguir una regla en sus juegos, y por medio de la música se introduce en sus almas el amor a las leyes, sucederá lo contrario de lo que acabamos de decir; este amor a las leyes les acompañará siempre, contribuirá a su desarrollo, y corregirá lo que sea preciso corregir en el Estado.

ADMANTO

Lo que dices es verdad.

SÓCRATES

Así preparados, restablecerán aquellos reglamentos que parecían de poca importancia y que sus predecesores pudieron dejar caer enteramente en desuso.

ADMANTO

¿Cuáles son esos reglamentos?

SÓCRATES

Los que se refieren, por ejemplo, a observar el silencio debido delante de las personas de edad, a cederles el lugar de honor, a ponerse de pie cuando ellos se presenten, a rodear a los padres de todos los cuidados que les son debidos, a seguir el uso en cuanto al modo de cortarse los cabellos, en el vestir, en su calzado, y en todo lo que al cuerpo atañe, y en otras mil cosas semejantes. ¿No crees tú que ello establecería de nuevo todos esos reglamentos?

ADMANTO

Así lo creo.

SÓCRATES

En mi concepto, sería una gran tontería dictar leyes sobre esas materias; no las hay semejantes en ninguna

parte, y, además, no se las observaría mejor por el hecho de ser impuestas de viva voz y por escrito.

ADIMANTO

¿Cómo podría ser esto?

SÓCRATES

Podría decirse, mi querido Adimanto, que la primera educación lleva consigo esta consecuencia que debe asemejársele durante todo el resto de la vida. Las cosas que se asemejan, ¿no se atraen siempre unas a otras?

ADIMANTO

Sin duda.

SÓCRATES

Podría decir, en fin, y esa es mi opinión, que la educación tiende a un gran resultado final, ya sea para bien, ya sea para mal.

ADIMANTO

¿No debe ser ello así?

SÓCRATES

He aquí por qué no intentaría yo nunca dictar leyes sobre esta clase de materias.

ADIMANTO

Y con razón.

SÓCRATES

¿Pero, nos atraveríamos nosotros, en nombre de los dioses, a dictar leyes sobre los contratos de compra-venta, sobre los convenios relativos a la mano de obra, sobre los insultos, el orden de los juicios, el establecimiento de los jueces, la imposición forzada de impuestos por la entrada y la salida de las mercancías,

por tierra y por mar, y, en una palabra, sobre todo lo que concierne al mercado, la ciudad, el puerto, y sobre todo lo demás?

ADIMANTO

No es conveniente prescribir nada sobre estas materias a gentes honradas; ellas hallarán fácilmente, por sí mismas, la mayor parte de los reglamentos que es preciso establecer.

SÓCRATES

Sí, mi querido amigo, si Dios les permite conservar, en toda su pureza, las leyes que nosotros hayamos establecido.

ADIMANTO

De lo contrario, se pasarán la vida en dictar constantemente una multitud de reglamentos semejantes, en introducir en ellos enmiendas y más enmiendas, imaginando que de esta suerte obtendrán lo que hay de más perfecto.

SÓCRATES

Vale decir que vivirán como aquellos enfermos que por intemperancia no quieren renunciar a un tren de vida que altera su salud.

ADIMANTO

Justamente.

SÓCRATES

La conducta de estos enfermos tiene, en verdad, algo de agradable. Están siempre pendientes de los remedios, y con ellos no obtienen otra cosa que complicar y agravar sus enfermedades, esperando sin cesar que cada remedio que se les aconseja habrá de devolverles la salud.

ADIMANTO

Tal es, precisamente, la situación de esos enfermos.

SÓCRATES

Entre ellos no es cosa agradable el considerar como su más mortal enemigo a aquel que no les dice sino la verdad, cuando les declara que si no dejan de beber y de comer con exceso, de vivir en el libertinaje y en la indolencia, ni los remedios, ni el hierro, ni el fuego, ni los encantamientos, ni los amuletos, ni las demás cosas de ese género, habrán de servirles de nada.

ADIMANTO

Nada de agradable en verdad; porque nada de grato tiene el ofenderse con una persona que da buenos consejos.

SÓCRATES

Paréceme que no eres muy partidario de esa clase de gentes.

ADIMANTO

Desde luego que no.

5. — SÓCRATES

Así pues, para volver a lo que decíamos, tú no aprobarás un Estado que observe una conducta semejante. Ahora bien, ¿qué piensas tú? No es eso precisamente lo que hacen los Estados mal gobernados que prohíben a los ciudadanos, bajo pena de muerte, introducir cambios en su constitución, en tanto que aquel que mira de la mejor manera los defectos del gobierno, que se anticipa a sus deseos, que prevee de antemano sus intenciones, y que es lo bastante hábil para realizarlas, pasará por un ciudadano virtuoso, por un profundo político, a quien se colmará de honores.

ADIMANTO

Sí, esos Estados hacen precisamente la misma cosa, y estoy muy lejos de aprobar su conducta.

SÓCRATES

¡Cómo! ¿No admirás tú a aquellos que consienten y hasta se apresuran a prestar sus servicios a semejantes Estados? ¿No admirás tú su valor y su hábil complacencia?

ADIMANTO

Sí, admiro a esos hombres, excepción hecha de aquellos que se dejan engañar, y se imaginan que en realidad son hombres de Estado, a causa de los aplausos que les tributa la multitud.

SÓCRATES

¿Qué opinas tú? ¿No les excusas? ¿Crees tú que un hombre que no sabe medir no pueda creer que mide cuatro codos cuando se lo oye decir a multitud de personas?

ADIMANTO

No lo creo.

SÓCRATES

No te desagradas con ellos. Son las gentes más divertidas del mundo, con sus reglamentos, de que ya hemos hablado, y las enmiendas que a ellos hacen sin cesar, en la esperanza de que habrán de acabar con los abusos que se deslizan en las convenciones, y con las otras cosas de que hablaba hace un instante. No ven que, en realidad, tratan de cortarle cabezas a la hidra.

ADIMANTO

En efecto, no es otra cosa lo que hacen.

SÓCRATES

Así pues, no creo yo que en un Estado, bien o mal gobernado, deba el legislador imponerse el trabajo de dictar leyes semejantes; en el uno son inútiles, y con ellas nada se gana; y en el otro, el primer venido hará una parte, y la otra se desprenderá de las instituciones ya establecidas.

ADIMANTO

¿Qué nos falta por hacer todavía en materia de legislación?

SÓCRATES

Nada; pero es a Apolo, dios de los Delfos, a quien corresponde hacer las más grandes, las más bellas y las primeras entre todas las leyes.

ADIMANTO

¿Cuáles?

SÓCRATES

Aquellas que se refieren a la construcción de los templos, a los sacrificios, al culto de los dioses, de los héroes y de los genios, a los funerales y a las ceremonias que apaciguan los manes de los muertos. Nosotros no sabemos qué reglas dictar al efecto, y puesto que fundamos un Estado, no debemos, si somos prudentes, consultarlas con otros hombres, ni tomar consejo con ningún otro intérprete que no sea el dios del país. Ese dios es el intérprete natural de todos los hombres en asuntos semejantes, desde el momento en que ha colocado el santuario de su residencia en el centro mismo de la tierra para rendir desde allí sus oráculos.

ADIMANTO

Muy bien, debemos hacer lo que tú dices.

II

1. — SÓCRATES

Hijo de Aristón, he ahí nuestro Estado fundado. Lleva ahora donde quieras una antorcha suficientemente luminosa; llama a tu hermano Polemarco, a todos cuantos aquí están, e investiga con ellos si habremos de ver en dónde residen la justicia y la injusticia, en qué difiere la una de la otra, y a cuál de las dos debe uno atenerse para ser feliz; ya sea que logre escapar o no a las miradas de los dioses y de los hombres.

GLAUCO

No es a nosotros a quienes debes dirigirte, porque tú has prometido hacer tú mismo esa investigación, y sería una impiedad el negarte a dar a la justicia todo el apoyo de que eres capaz.

SÓCRATES

Recuerdas mi promesa tal y como la hice; preciso será, pues, que la cumpla; pero es preciso también que tú me ayudes.

GLAUCO

Te ayudaremos.

SÓCRATES

Yo espero que habremos de hallar lo que buscamos. Si nuestro Estado es bien constituido, pienso que será perfecto.

GLAUCO

Tendrá que serlo necesariamente.

SÓCRATES

Es, pues, evidente que será sabio, valeroso, temerante y justo.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Cualquiera de estas virtudes que hallemos en él, las demás serán las que no habremos hallado. ¿No es así?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Si de cuatro cosas (1) buscásemos una, y ella se nos presentara, a eso se limitaría nuestra busca; mas si conociésemos de antemano las tres primeras, por éstas llegaríamos al conocimiento de la que buscásemos, porque es evidente que no podría ser sino la que nos faltaba por encontrar.

GLAUCO

Tienes razón.

SÓCRATES

¿Y no debemos aplicar este método a nuestra investigación, una vez que es cuatro el número de las virtudes de que se trata?

GLAUCO

Evidentemente.

SÓCRATES

Es evidente que es la prudencia la que aparece en primer término en esta investigación; pero observo que tiene algo de singular.

GLAUCO

¿Qué?

(1) Sócrates habla aquí de cuatro cosas de las cuales una comprende las otras tres: la justicia comprende la prudencia, la fuerza y la temperancia.

SÓCRATES

La prudencia reina en nuestro Estado porque en él prevalece el buen consejo. ¿No es así?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

No es menos claro que allí donde existe el buen consejo se encuentra la ciencia, porque no es la ignorancia, sino la ciencia, la que permite tomar medidas justas.

GLAUCO

Evidentemente.

SÓCRATES

Pero hay en el Estado gran diversidad de ciencias.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

¿Y será por la ciencia de los carpinteros que se podrá decir que el Estado es sabio y prudente en sus consejos?

GLAUCO

No, pero esta ciencia sí permitirá decir que el Estado es competente en el arte de la carpintería.

SÓCRATES

No es tampoco por el arte del ebanista y por lo perfecto de sus obras que podrá decirse que el Estado es prudente.

GLAUCO

No.

SÓCRATES

¿Será por la ciencia que trata de los trabajos en cobre o en cualquiera otro metal?

GLAUCO

De ninguna manera.

SÓCRATES

Ni por aquella que tiene por objeto la producción de los frutos de la tierra; porque ese es asunto de la agricultura.

GLAUCO

Así me lo parece.

SÓCRATES

¡ Cómo ! ¿Existe en el Estado que acabamos de formar una ciencia particular o especial a algunos de sus miembros, y cuyo fin sea el de deliberar, no sobre cierta parte del Estado, sino sobre el Estado entero, para reglamentar lo mejor posible su organización interior en las relaciones con los demás Estados ?

GLAUCO

Sin duda, esa ciencia existe.

SÓCRATES

¿Cuáles, y entre qué ciudadanos se la encuentra ?

GLAUCO

Es la ciencia que se propone la salvaguardia del Estado, y reside entre los magistrados a quienes nosotros llamamos sus verdaderos guardianes.

SÓCRATES

En relación con esta ciencia, ¿cómo calificas tú el Estado ?

GLAUCO

Digo que es verdaderamente sabio y prudente en sus consejos.

SÓCRATES

¿Crees tú que haya en nuestro Estado mayor número de herreros que de verdaderos guardianes?

GLAUCO

Hay muchos más herreros.

SÓCRATES

En general, de todos los cuerpos que derivan su nombre de la profesión que ejercen, ¿no será el de los guardianes del Estado el menos numeroso?

GLAUCO

Lo es, y en mucho.

SÓCRATES

Es, pues, al cuerpo menos numeroso, y en su parte más pequeña, es a la ciencia que allí reside, es, en fin, a quien va a la cabeza y a quien gobierna, a quien el Estado naturalmente constituido le debe su prudencia y su sabiduría; y parece que es en el número más pequeño posible que la naturaleza produce los hombres que pueden seguir esta ciencia, que entre todas merece el nombre de prudencia.

GLAUCO

Nada más exacto.

SÓCRATES

No sé por qué feliz casualidad hemos encontrado una de las cuatro cosas que buscábamos, y el lugar del Estado en que reside.

GLAUCO

Por lo que a mí respecta, me parece que la hemos encontrado de una manera perfecta.

2. — SÓCRATES

En cuanto al valor mismo, es más fácil descubrirlo, tanto a él como a la parte del Estado donde reside, la que da a éste el nombre de valeroso.

GLAUCO

¿Cómo así?

SÓCRATES

Para decir que un Estado es cobarde o valeroso, ¿será preciso volver los ojos a otra parte que no sea sobre los ciudadanos encargados de hacer la guerra y de combatir por él?

GLAUCO

No, de ningún modo.

SÓCRATES

El hecho de que los demás ciudadanos sean cobardes o valientes, no implica por sí mismo que el Estado sea lo uno o lo otro.

GLAUCO

No.

SÓCRATES

El Estado es, pues, valeroso porque le imprime ese carácter una de sus partes, es decir, porque posee en ella la virtud de conservar, invariablemente, sobre las cosas que hay que temer, la opinión de que ellas son como el legislador las ha designado en la educación. ¿No es esto a lo que das tú el nombre de valor?

GLAUCO

No he comprendido bien lo que acabas de decir; repítelo.

SÓCRATES

Digo que el valor es una especie de conservación.

GLAUCO

¿Qué conservación es esa?

SÓCRATES

Conservación de la opinión que nos han dado las leyes, por medio de la educación, sobre las cosas que hay que temer, sobre su naturaleza, y sobre su carácter. Decía yo que el valor conserva invariablemente esta opinión, porque, en efecto, la conserva en el dolor, en el placer, en el deseo, en el temor, y no la rechaza nunca. Voy a explicarte esto, si lo quieres, por medio de una comparación.

GLAUCO

Bien que lo deseó.

SÓCRATES

Tú conoces el modo como se las componen los tintoreros cuando quieren teñir de púrpura la lana. Comienzan por escoger, entre lanas de todas clases, la más blanca; en seguida la preparan con muchísimo cuidado, a fin de que conserve el tinte, en todo su brillo, después de teñida. Esta clase de tinte es inalterable, y la tela lavada con agua pura, o jabonada, no pierde jamás su brillo. A falta de estas precauciones, tú sabes lo que sucede cuando se emplean las lanas de otro color, y aun la misma lana blanca, sin haberlas preparado.

GLAUCO

Yo sé que el color destiñe y que el efecto es ridículo.

SÓCRATES

Imaginate que también nosotros hayamos hecho la misma operación, de la mejor manera posible, escogiendo los guerreros con toda precaución y preparán-

dolos para la música y la gimnástica. Convéncete de ello : nuestra intención, nuestro más arraigado propósito era el de que ellos tomasen un tinte indeleble de las leyes, y que su alma bien nacida y bien educada, adquiriese una opinión de tal modo firme sobre las cosas que han de temerse, y sobre todo lo demás, que no hubiese loción ninguna que pudiese borrarla : ni el placer, que en estos casos produce mayores efectos que el color y los lavados; ni el dolor, ni el temor, o el deseo, que son los disolventes más activos. Es a esta potencialidad y a esta perpetuidad de opinión, justa y legítima, sobre las cosas que han de temerse, y sobre aquellas que ningún temor inspiran, a lo que yo llamo valor y coloco en primer término; si no opinas tú de otra manera.

GLAUCO

No tengo otra opinión, porque me parece que, si la opinión justa que forma el valor no es fruto de la educación, y es brutal y servil, tú no la consideras como legítima, y le habrás de dar cualquier otro nombre, menos el de valor.

SÓCRATES

Lo que dices es muy verdadero.

GLAUCO

Acepto, pues, la definición que has dado del valor.

SÓCRATES

Habrás de aceptar también que el valor es una virtud política, y no te engañarás. Pero ya hablaremos mejor de estas cosas en otra ocasión, porque por el momento no es el valor el que estudiamos, sino la justicia. Parécesme que ya hemos dicho lo bastante sobre el particular.

3. — SÓCRATES

Nos falta encontrar todavía dos cosas en nuestro Estado, la temperancia y la justicia, en fin, que es el objetivo de nuestras investigaciones.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿Cómo hallar la justicia si no nos tomamos el trabajo de buscar, en primer lugar, la temperancia?

GLAUCO

Nada puedo decir sobre esto; pero no me agradaría que ella se nos revelase primero, porque entonces no nos tomariamos el trabajo de estudiar qué es la temperancia. Mas si tú quieres complacerme, estudia la temperancia antes de estudiar la justicia.

SÓCRATES

Lo haré gustoso; no sería correcto que no consintiese en ello.

GLAUCO

Estudia pues.

SÓCRATES

Es eso precisamente lo que voy a hacer. Hasta donde puedo ver la cuestión por el momento, la temperancia, más que las virtudes precedentes, consiste en un cierto acuerdo y en una cierta armonía.

GLAUCO

¿Cómo así?

SÓCRATES

La temperancia no es más que cierto orden, una especie de freno que pone el hombre a sus placeres y a sus pasiones. De ahí viene aquella expresión,

« dueño de sí mismo », que no comprendo muy bien, y muchas otras semejantes que son, por decirlo así, otros tantos modos de calificar esta virtud; ¿no es así?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Esta expresión « dueño de sí mismo », tomada al pie de la letra, ¿no es verdad que es ridícula? Quien sea dueño de sí mismo será a un mismo tiempo esclavo de sí mismo, y el que sea su propio esclavo será también su amo, porque todas estas expresiones se refieren siempre a la misma persona.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

Sin embargo, creo comprender lo que con ella se quiere decir. Hay en el alma del hombre dos partes de las cuales la una es mejor y la otra menos buena; cuando la parte mejor domina a la que es menos buena, se dice que el hombre en quien esto se observa es dueño de sí mismo, y con ello se le elogia. Pero cuando a consecuencia de una mala educación, o de las malas costumbres, la parte mejor es vencida por la menos buena, se dice — y ello implica crítica o reproche — que el hombre en cuestión es esclavo de sí mismo y que sus deseos son desordenados.

GLAUCO

Esta explicación me parece justa.

SÓCRATES

Fíjate ahora en nuestro nuevo Estado y en él harás uno de estos dos casos. Podrás decir — con

razón — que es dueño de sí mismo si dondequiera que la parte superior domina a la inferior la primera es prudente y dueña de sus acciones.

GLAUCO

Contemplo nuestro Estado y observo que dices la verdad.

SÓCRATES

No es, sin embargo, que no existan allí una multitud de pasiones, de placeres y de dolores en las mujeres, en los esclavos, y en la mayoría de los hombres a quienes se da el calificativo de hombres libres y que no valen gran cosa.

GLAUCO

Sin duda que los hay.

SÓCRATES

Mas en cuanto a los sentimientos sencillos y moderados, fundados en la opinión justa y gobernados por la razón, no los encontrarás sino raras veces, y solamente entre aquellos que además de un excelente carácter tienen una excelente educación.

GLAUCO

Así es la verdad.

SÓCRATES

¿No ves también que en nuestro Estado los deseos de la multitud compuesta de hombres viciosos están regidos y moderados por los deseos y la prudencia del menor número, que es el de los sabios?

GLAUCO

Lo veo.

4. --- SÓCRATES

Si puede, pues, decirse de un Estado que es dueño

de sus placeres, de sus pasiones, y de sí mismo, ello debe decirse de éste con mayor razón que de ningún otro.

GLAUCO

Seguramente.

SÓCRATES

¿No debiera agregarse que por todas esas razones es temperante?

GLAUCO

Ciertamente que sí.

SÓCRATES

Y si en cualquiera otro Estado magistrados y ciudadanos tienen la misma opinión sobre las cualidades exigibles a quienes deben mandar, ¿no se encuentra también ese acuerdo en el nuestro?

GLAUCO

No abrigo acerca de ello la menor duda.

SÓCRATES

Y cuando el Estado está así constituido, ¿en quiénes crees tú que reside la temperancia, en los que mandan, o en los que obedecen?

GLAUCO

En los unos y en los otros.

SÓCRATES

¿Observas que nuestra conjetura ha sido fundada cuando hemos comparado la temperancia a una especie de armonía?

GLAUCO

¿Qué quieres decir?

SÓCRATES

Que no ocurre con ella lo que con la prudencia y el valor, porque, si bien es cierto que estas dos cualidades sólo residen en una parte del Estado, le hacen prudente y valeroso; al paso que la temperancia, repartida en todo el organismo social, establece entre las clases desvalidas, las más poderosas y las intermedias un acuerdo perfecto en relación con la prudencia, con la fuerza, con el número, con las riquezas, y con muchas otras cosas análogas, cualesquiera que ellas puedan ser. De suerte que puede decirse, con razón, que la temperancia consiste en esta concordia, que es una armonía establecida por la naturaleza entre la parte superior y la parte inferior de un Estado o de un individuo, y que decide cuál de las dos ha de gobernar a la otra.

GLAUCO

Soy enteramente de tu opinión.

SÓCRATES

Sea. He ahí, a lo que parece, tres virtudes que hemos descubierto en el Estado; pero queda todavía una que complemente, en lo que al Estado se refiere, la idea entera de la virtud. ¿Qué virtud es esa? Es evidente que me refiero a la justicia.

GLAUCO

Ello es evidente.

SÓCRATES

Ahora, mi querido Glauco, nos será preciso hacer una batida, como los cazadores, para rodear el fuerte como dentro de un círculo y tomando todas las precauciones posibles para que la justicia no pueda escaparnos y desaparecer a nuestra vista. Es evidente

que estamos próximos a ella. Mira y procura hallarla; acaso la veas tú el primero y me darás la señal.

GLAUCO

¡ Permitanlo los dioses ! Empero, me bastará seguirte y ver las cosas a medida que me las vayas mostrando. Será ese todo el partido que podrás sacar de mí.

SÓCRATES

Sígueme, pues, una vez que conmigo hayas orado.

GLAUCO

Te seguiré; lo único que pido es que guíes mis pasos.

SÓCRATES

El paraje me parece cubierto y de arduo acceso; reina la obscuridad, y las exploraciones son, en tal caso, difíciles; hay que marchar, sin embargo.

GLAUCO

Sí, es preciso marchar.

SÓCRATES

¡ Hola, hola ! querido Glauco, exclamo después de haber contemplado el terreno por algún tiempo; es bien posible que tengamos el rastro y me parece que no podrá escapar.

GLAUCO

¡ Buena nueva !

SÓCRATES

En verdad que tanto tú como yo somos poco clarividentes.

GLAUCO

¿ Cómo así ?

SÓCRATES

Hace ya tiempo, desde que empezamos estas confe-

rencias, que la justicia parece estar muy cerca de nosotros y sin embargo no la veíamos; somos unos tontos. Como aquellos que algunas veces buscan lo que tienen en la mano, no la hemos visto y poníamos nuestras miradas en lugares remotos; de ahí que se nos escapara.

GLAUCO

¿Qué quieres decir?

SÓCRATES

Digo que desde hace tiempo venimos hablando de ella en esta conferencia sin darnos cuenta de que casi la hemos nombrado.

GLAUCO

He ahí un largo prólogo, cuando todo lo que deseo es una palabra.

5. — SÓCRATES

Pues bien : oye si tengo o no razón. Me parece que desde un principio, cuando echábamos las bases del Estado, dejamos establecido que la justicia era como un deber universal; a lo menos la comparación es bastante adecuada. Ahora bien : hemos dicho, y recordarás que lo hemos repetido a menudo, que cada ciudadano no debe tener sino un solo empleo en el Estado, o sea aquel para el cual haya demostrado, desde su nacimiento, las mayores disposiciones.

GLAUCO

Es esto lo que hemos dicho.

SÓCRATES

Pero hemos oido decir a otros, y hemos dicho nosotros mismos, que la justicia consistía en que cada cual se ocupara únicamente de sus propios asuntos sin entrometerse en los ajenos.

GLAUCO

Así lo hemos dicho.

SÓCRATES

Pudiera decirse, me parece, que la justicia bien puede consistir en que cada cual no se ocupe sino en lo que tiene que hacer. ¿Sabes lo que me induce a creerlo?

GLAUCO

No, dímelo.

SÓCRATES

Me parece que en el Estado el complemento de las virtudes que hemos enumerado, la temperancia, el valor y la prudencia, es el principio que les ha dado fuerza para aparecer, y que después de su nacimiento las conserva mientras vaya junto con ellas. Ahora bien: hemos dicho que sería la justicia el complemento por descubrir una vez que tuviésemos las tres primeras virtudes.

GLAUCO

Es absolutamente necesario que la justicia sea ese complemento.

SÓCRATES

Si fuera preciso decidir cuál de estas virtudes es la que más contribuye a la perfección del Estado, difícil sería decir si es la concordia de magistrados y ciudadanos, o el sostenimiento, por parte de los guerreros, de la opinión legítima sobre lo que ha de temerse o no, o la prudencia y la vigilancia por parte de quienes gobiernan; o si, en fin, lo que más contribuye a la perfección del Estado es la práctica de aquella virtud por la cual las mujeres, los niños, los hombres libres, los esclavos, los magistrados y los ciudadanos se limitan

a desempeñar cada cual su ocupación sin mezclarse en los asuntos de los demás.

GLAUCO

Ciertamente. Semejante cosa sería difícil de decidir.

SÓCRATES

Así pues, a lo que parece, esta virtud, que mantiene a cada cual dentro de los límites de sus propios asuntos, no contribuye menos que la prudencia, el valor y la temperancia a la perfección del Estado.

GLAUCO

Ciertamente que no.

SÓCRATES

Ahora, esta virtud que haces tú concurrir con las otras al perfeccionamiento del Estado, ¿no es, en tu concepto, la justicia?

GLAUCO

Seguramente.

SÓCRATES

Estudia más la cuestión desde este nuevo punto de vista, para que veas si no cambias de opinión. ¿Encargarías tú a los magistrados del juicio de los procesos?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

¿Qué otro fin se propondrán ellos en sus juicios sino el de impedir que nadie se apodere de los bienes ajenos y no sea privado de los propios?

GLAUCO

Ningún otro fin.

SÓCRATES

¿No es porque eso es lo justo?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Es esta, pues, una prueba más de que la justicia asegura a cada cual la posesión de lo que le pertenece y el libre ejercicio del empleo que le convenga.

GLAUCO

Eso es cierto.

III

1. — SÓCRATES

Veamos si eres de mi opinión. Si el carpintero se propone ejercer el oficio del zapatero y los dos cambian herramientas y el salario que reciben, o si un individuo ejerce los dos oficios a la vez, con todos los cambios consiguientes, ¿crees tú que ese desorden pueda causar un gran mal al Estado?

GLAUCO

No lo creo.

SÓCRATES

Pero si aquel a quien la naturaleza ha destinado a ser artesano o mercenario, enorgullecido de sus riquezas, de su crédito, de su fuerza, o de cualquiera otra ventaja semejante, pretende elevarse al rango de guerrero, y este último al de magistrado y de guardián, sin ser digno de tal cosa; si al efecto cambian unos con otros los instrumentos propios a sus profesiones y las ventajas que les son inherentes; o si el

mismo hombre pretende llenar a la vez estas funciones diferentes; en ese caso creo, y sin duda lo creerás tú también, que desorden y confusión tales acarrearán la ruina del Estado.

GLAUCO

Indudablemente.

SÓCRATES

La confusión de estos tres órdenes y su intercambio es, pues, lo más funesto que puede ocurrir al Estado. Puede decirse que tal cosa sería un verdadero crimen.

GLAUCO

Ciertamente.

SÓCRATES

Ahora bien: ¿no darías tú el nombre de injusticia al mayor crimen que uno pudiese cometer contra su propia patria?

GLAUCO

Ello no admite contradicción.

SÓCRATES

Tenemos, entonces, que en eso consiste la injusticia.

2. — Volvamos ahora a la cuestión. Cuando cada clase del Estado, la de los mecenarios, la de los guerreiros y la de los magistrados, se mantiene dentro de los límites de su empleo especial, el estado de las cosas será contrario a la injusticia, y nos da un Estado justo.

GLAUCO

Me parece que no puede ser de otro modo. No lo aseguremos todavía de una manera definitiva; si la idea de la justicia, tal como acabamos de exponerla,

se aplica a cada hombre en particular, y ella es reconocida como verdadera y como exponente de la justicia, entonces lo afirmaremos sin vacilar; porque, ¿qué más podríamos decir? Pero si sucede lo contrario tendremos que investigar por otro lado. Pongamos, por ahora, fin a la investigación en que venimos ocupándonos en la persuasión en que estábamos de que nos sería más fácil conocer cuál es el carácter de la justicia en el hombre si procuramos estudiarla antes en algún modelo más grande que la contenga. Ahora bien: hemos creído o pensado que ese modelo es un Estado. Hemos echado las bases de un Estado lo más perfecto posible porque bien sabemos que la justicia se hallará en un Estado bien gobernado. Transportemos este descubrimiento al individuo. Si todo es igual de una y otra parte, la cosa irá bien; si hay alguna diferencia en el individuo, volveremos al Estado y examinaremos algo más, y puede ser que al comparlos y al frotarlos, por así decirlo, uno contra otro, hagamos brillar la justicia como surge el fuego del seno de las materias inflamables; y el resplandor que ella lance nos permitirá reconocerla de una manera inequívoca.

GLAUCO

Esto es proceder con método; he ahí lo que debemos hacer.

SÓCRATES

Cuando se dice de dos cosas — la una más grande, la otra más pequeña, — que son la misma cosa, ¿son ellas desemejantes por lo que hace decir que son una misma cosa, o son, por eso mismo, semejantes?

GLAUCO

Son semejantes.

SÓCRATES

Así pues, el hombre justo, en cuanto lo sea, no diferirá en nada del Estado justo, y le será semejante.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

El Estado nos ha parecido justo cuando los tres órdenes de ciudadanos que lo componen llenan las funciones que les son propias, y así lo hemos juzgado temperante, valeroso, y prudente por razón de ciertas cualidades que a dichos tres órdenes adornan.

GLAUCO

Esa es la verdad.

SÓCRATES

Sin duda, amigo mío, hallamos en el alma del hombre tres partes que corresponden a los tres órdenes del Estado, y si ellas tienen las mismas cualidades tendremos derecho para darles los mismos nombres que a los tres órdenes del Estado.

GLAUCO

Ello es absolutamente necesario.

SÓCRATES

Hemos caido, mi querido amigo, en una cuestión enojosa con respecto al alma. Se trata de saber si ella tiene o no en sí misma las tres partes de que acabamos de hablar.

GLAUCO

La cuestión no es, en mi concepto, tan enojosa. Acaso, Sócrates, tenga razón el proverbio que dice que lo bello es difícil.

SÓCRATES

Pienso como tú, y sabe, además, Glauco, que en mi opinión el método seguido en nuestras discusiones no nos permitirá descubrir nunca, de una manera exacta, lo que buscamos. La ruta que conduce al fin de nuestras investigaciones es más larga y más complicada; sin embargo, puede suceder que el método de que nos servimos nos lleve a una solución que convenga a nuestras discusiones y a lo que hemos estudiado hasta ahora.

GLAUCO

¿No será preciso que nos conformemos con él? Por el momento ello me bastará.

SÓCRATES

Y a mí también.

GLAUCO

No te descorazones, pues, y prosigue.

SÓCRATES

¿No es preciso convenir en que cada uno de nosotros tiene el mismo carácter y las mismas costumbres del Estado? Probablemente de nosotros han pasado al Estado. En efecto, sería ridículo pretender que el carácter irascible que a ciertos pueblos se atribuye, como los tracios, los escitas, y en general a los habitantes del Norte, o que este gusto por la instrucción que parece natural a los habitantes de nuestro país, o aquella avidez de ganancia que caracteriza sobre todo a los fenicios y a los egipcios, no hayan pasado del individuo al Estado.

GLAUCO

Seguramente.

SÓCRATES

Las cosas son así; no es difícil reconocerlo.

GLAUCO

Desde luego que no.

3. — SÓCRATES

Lo que sí es verdaderamente difícil es decidir si en cada una de nuestras acciones obramos movidos por el mismo principio o por tres principios diferentes; es decir, si hay en nosotros un principio por el cual nos conocemos, otro por el cual nos irritamos, un tercero que nos hace desear los placeres inherentes a la alimentación, a la reproducción de la especie y a los demás placeres de esa naturaleza, o si el alma, toda entera, interviene en cada una de esas operaciones. He ahí lo que será difícil de determinar de una manera satisfactoria.

GLAUCO

A mí también me parece eso difícil.

SÓCRATES

Probemos averiguar, de esta manera, si no hay en el alma más que un solo principio o si hay tres principios diferentes.

GLAUCO

¿De qué manera?

SÓCRATES

Es evidente que el mismo sujeto considerado en sí mismo y en relación con el mismo objeto no podrá producir o experimentar a un mismo tiempo efectos contrarios; de suerte que si nosotros descubrimos aquí un hecho semejante habremos de reconocer que no hay en él unidad sino diversidad de principios.

GLAUCO

Sea.

SÓCRATES

Pon atención a lo que digo.

GLAUCO

Habla.

SÓCRATES

El mismo cuerpo, considerado bajo el mismo aspecto, ¿puede estar en un instante dado en movimiento y en reposo a la vez?

GLAUCO

De ningún modo.

SÓCRATES

Asegurémonos de ello de una manera más exacta todavía, no vaya a suceder que más adelante nos sobrevengan dudas. Si alguien dice que un hombre que está de pie y que mueve solamente las manos y la cabeza está a la vez en reposo y en movimiento, contestaríamos — creo yo — que las cosas no deben expresarse así, sino que es preciso decir que una parte de su cuerpo está en reposo y la otra en movimiento. ¿No es cierto?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Y si quien así habla lleva todavía más lejos la sutileza y dice que la peonza, aunque siempre fija en el mismo sitio, gira sobre su punta, o habla de alguno de aquellos cuerpos que giran sobre su eje sin cambiar de lugar, y nos dice que están a la vez en movimiento y en reposo en todas sus partes, no podremos aceptarlo. Diremos que es preciso distinguir en ellos dos cosas : el eje y la circunferencia. Que según el eje,

están en reposo puesto que éste no se inclina de ningún lado; pero que según la circunferencia, ésta se mueve con un movimiento circular y que, si a la vez que el cuerpo gira, el eje se inclinase a derecha o izquierda, hacia adelante o hacia atrás, el cuerpo no estaría en manera alguna en reposo.

GLAUCO

Y ello estaría muy bien contestado.

SÓCRATES

Esta clase de dificultades no nos amedrentarán; no lograrán convencernos nunca de que la misma cosa, considerada bajo el mismo aspecto y con relación al mismo objeto, experimenta o produce efectos contrarios (1).

GLAUCO

No seré yo a lo menos quien haya de amedrentarse.

SÓCRATES

Sin embargo, para no vernos obligados a detenernos mucho tiempo a examinar todas las objeciones análogas, y a demostrar que ellas son falsas, supongamos verdadero nuestro principio y sigamos adelante, después de haber convenido, desde luego, en que si al

(1) Las ediciones de Tauchnitz, Bekker, Schneider y Didot traen una interpolación $\eta\ kai\ eis\pi\alpha\pi\alpha\iota\iota\iota$ entre $\pi\alpha\pi\alpha\iota\iota\iota$ y $\eta\ kai\ \pi\alpha\pi\alpha\iota\iota\iota$. Stallbaum y Cousin la rechazan porque, en dos pasajes de la ley de las contrarias, Platón no separa los verbos $\pi\alpha\pi\alpha\iota\iota\iota$ y $\pi\alpha\pi\alpha\iota\iota\iota$ o los sustantivos $\pi\alpha\pi\alpha\iota\iota\iota\iota\iota\iota$ y $\pi\alpha\pi\alpha\iota\iota\iota\iota\iota\iota$: 1^{er} pasaje. — Δῆλον ὅτι ταῦτα τάχαντια ποιεῖν $\eta\ \pi\alpha\pi\alpha\iota\iota\iota$ κατὰ ταῦτα γε καὶ πρὸς ταῦτα οὐκέπειλήσσει ἀμα... página 140, edición Tauchnitz; 2^o pasaje. — πάντα τὰ τοιαῦτα τῶν ἐντάξιον θεῖντας εἴτε ποιημάτων εἴτε παθημάτων; página 141 de la misma edición. Esta interpolación no puede haber tenido otro origen que el error de un copista, y se la encuentra en la mayor parte de los manuscritos y de las ediciones.

cabo el principio resulta falso todas las conclusiones que de él saquemos serán consideradas nulas.

GLAUCO

He ahí lo que precisa hacer.

4. — SÓCRATES

Ahora respóndeme : Dar muestras de que se quiere una cosa y manifestar que no se la quiere, desear algo y rehusarlo, atraer y repeler, ¿no son cosas contrarias, ya se trate de acciones o de pasiones?

GLAUCO

Son cosas opuestas.

SÓCRATES

El hambre, la sed, y los apetitos en general; el deseo, la voluntad, ¿no están todos comprendidos en el género de cosas de que acabamos de hablar? ¿No dirás tú, por ejemplo, al hablar de un hombre que tiene un deseo, que su alma tiende a su realización, que procura atraer lo que quisiera tener, y que mientras siente el deseo de alcanzar lo que quiere, da muestras de su deseo como si sobre ello se le interrogase, y como si su alma se anticipase a la realización?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Y el hecho de no consentir, de no querer, de no desear, ¿no es tanto como alejar y rechazar esa realización? ¿No son esas manifestaciones del alma contrarias a las precedentes?

GLAUCO

Evidentemente.

SÓCRATES

Esto sentado, ¿no tiene el hombre deseos naturales, y no son, entre éstos, los más aparentes aquellos a que damos los nombres de hambre y de sed?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿No tiene el uno por objeto el beber y el otro el comer?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

La sed, en tanto que tenga ese carácter, ¿es acaso cosa distinta del deseo de beber y nada más? ¿Tiene, por ejemplo, por objetivo una bebida fría o caliente, en cantidad grande o pequeña, o, en una palabra, una bebida determinada? ¿O no es verdad que si a la sed se agrega una impresión de calor o de frío, esa impresión añade al deseo de beber el de que la bebida sea fría o caliente? ¿No es cierto que si la sed es muy grande querrá uno beber mucho, y si es poca la sed querrá uno beber poco? En tanto que la sed en sí misma es simplemente el deseo de realizar lo que está en su naturaleza desear, o sea el deseo de beber, así como el hambre es simplemente el deseo de comer; ¿no es así?

GLAUCO

Así es la verdad. Cada deseo tomado en sí mismo se encamina naturalmente hacia su objeto, aisladamente considerado. Son las cualidades accidentales las que, uniéndose a cada deseo, hacen que éste se encamine hacia esta o aquella modificación de su objeto.

SÓCRATES

Que no se pretenda cogernos desprevenidos y se nos diga que nadie desea la bebida simplemente, sino una buena bebida; ni comer por comer, sino una buena comida, porque todos desean las cosas buenas. Tenemos, pues, que si la sed es un deseo, es el deseo de algo bueno, cualquiera que sea su objeto, ya sea la bebida, ya sea cualquiera otra cosa. Lo propio ocurre con los demás deseos.

GLAUCO

Sin embargo, esta objeción parece tener alguna importancia.

SÓCRATES

Pero las cosas que con otras se relacionan en alguna forma no tienen esa relación, a mi ver, con una u otra cosa determinada sino por su carácter relativo; porque por lo que respecta a su propio carácter se relacionan simplemente a ellas mismas.

GLAUCO

No comprendo.

SÓCRATES

¿No comprendes que la que es más grande lo es únicamente en relación con otra?

GLAUCO

Eso sí lo comprendo.

SÓCRATES

¿En relación con una más pequeña?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿Y que si es mucho más grande es con relación a una mucho más pequeña?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿Y que si ha sido, o habrá de ser un día más grande es en relación con una cosa que ha sido o que habrá de ser más pequeña?

GLAUCO

Ello no admite contradicción.

SÓCRATES

Lo más tiene relación con lo menos, el doble con la mitad, lo más pesado con lo más ligero, lo más rápido con lo más lento, lo caliente con lo frío, ¿y no sucede lo mismo con otras muchas cosas semejantes?

GLAUCO

Evidentemente.

SÓCRATES

¿Qué diremos de las ciencias? ¿No sucede lo mismo? La ciencia en sí misma es el conocimiento de lo que se sabe o de lo que puede saberse; pero una ciencia particular tiene por objeto este o aquel conocimiento especial. Por ejemplo, tan pronto como nació la ciencia necesaria para construir una casa ¿no se la distinguió de las demás ciencias dándole el nombre de arquitectura?

GLAUCO

Bien.

SÓCRATES

¿No ocurrió esto porque ella era de tal naturaleza que no se asemejaba a las demás ciencias?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Y si tal era su carácter, ¿no obedecía ello a que tenía un objeto especial? ¿No diremos lo mismo de tantas otras artes y ciencias?

GLAUCO

Sí.

5. — SÓCRATES

Si ahora me has comprendido, reconoce que he querido decir que las cosas relativas — tomadas en sí mismas — se relacionan pura y simplemente a ellas mismas, y que aquellas que tienen esta o aquella relación con un objeto dado se relacionan con él. Por lo demás, no quiero decir con esto que una cosa sea lo mismo que su objeto; que la ciencia de lo que sirve o perjudica a la salud, por ejemplo, sea sana o malsana; ni quiero decir tampoco que sea buena o mala la ciencia del bien o la del mal. Digo solamente que, puesto que la ciencia del médico no tiene el mismo objeto que la ciencia en general, sino un determinado objeto, es decir, que ella es útil o perjudicial a la salud, esta ciencia es también determinada. De ahí que no se le dé simplemente el nombre de ciencia, sino el de medicina, caracterizándola por su objeto.

GLAUCO

Comprendo tú pensamiento y lo creo verdadero.

SÓCRATES

¿No pones tú la sed, por su naturaleza, entre aquellas cosas que se relacionan con otras? ¿Se refiere la sed a alguna otra cosa?

GLAUCO

Sí, a la bebida.

SÓCRATES

Así, tal sed está relacionada con tal bebida, en tanto que la sed por sí sola no es la sed que apetece una bebida determinada, en grande o pequeña cantidad, buena o mala, sino simplemente la bebida.

GLAUCO

Perfectamente.

SÓCRATES

Tenemos, pues, que el alma del hombre que tiene sencillamente sed no desea otra cosa que beber; eso es lo que quiere y hacia ese objetivo se encamina.

GLAUCO

Ello es evidente.

SÓCRATES

Entonces, si cuando el alma tiene sed hay algo que la desvía y la atrae, ello debe obedecer a un principio diferente de aquel que excita la sed y la impulsa como a un bruto a beber; porque hemos dicho que el mismo principio no puede a la vez y por si mismo producir dos efectos contrarios sobre el mismo objeto.

GLAUCO

Eso no es posible.

SÓCRATES

Del propio modo, y en mi opinión, sería erróneo decir del arquero que tira hacia él y rechaza a la vez el arco con ambas manos; pero está bien dicho decir que con una mano tira hacia sí el arco y que con la otra lo impulsa.

GLAUCO

Muy bien.

SÓCRATES

¿Dirímos que algunas veces se encuentran gentes que tienen sed y que no quieren beber?

GLAUCO

Se las encuentra a menudo y en número considerable.

SÓCRATES

¿Qué habremos de pensar acerca de esas gentes sino que en su alma existe un principio que les ordena beber, y otro principio que se lo prohíbe y que prevalece sobre el primero?

GLAUCO

Por lo que hace a mí así lo pienso.

SÓCRATES

Ese principio que les prohíbe beber ¿no proviene de la razón? Y el que los induce a beber ¿no emana del sufrimiento y de la mala salud?

GLAUCO

Evidentemente.

SÓCRATES

No nos equivocaremos, por tanto, al pensar que estos dos principios son distintos el uno del otro y al llamar razonable esa parte del alma por medio de la cual razona; en tanto que esa otra parte que ama, que tiene hambre y sed, que se remonta en vuelo impetuoso hacia todos los deseos, la calificaremos de concupiscente y desprovista de juicio por cuanto no persigue sino los goces y los placeres.

GLAUCO

No sería error de nuestra parte, sino por el contrario muy razonable, el hablar así.

SÓCRATES

Demos, pues, por cierto que se encuentran en el alma esos dos elementos; ¿pero aquél en donde la cólera y el valor tienen su asiento forma un tercer elemento, o es parte de uno de los otros dos?

GLAUCO

Puede que sea parte de aquél en donde reside el deseo.

SÓCRATES

Se me ha referido una cosa que he creido verdadera : Leoncio, hijo de Aglaion, al regresar un día del Pireo a lo largo de la parte exterior de la muralla septentrional, divisó dos cadáveres tendidos en el lugar de los suplicios; sintió a la vez un vivo deseo por verlos y una gran repugnancia que le hacía retroceder; resistió, sin embargo, y se cubrió el rostro; pero cediendo luego a la violencia de su deseo corrió hacia los cadáveres y, abriendo desmesuradamente los ojos, exclamó : ¡ Ve, desgraciado ! Sáciate con tan bello espectáculo.

GLAUCO

He oido referir eso mismo.

SÓCRATES

Esa historieta prueba que la cólera se opone en nosotros, algunas veces, al deseo, y por consiguiente que éste y aquélla son distintos.

GLAUCO

Sí, esto lo prueba.

6. — ¿No se observa también en muchas ocasiones que, cuando a pesar de la razón se siente uno atraído por los deseos, se hace uno reproches, se subleva contra

aquello que le hace violencia y que en ese conflicto que surge, como entre dos personas, la cólera viene como auxiliar al lado de la razón? Empero, tú no has observado nunca en ti mismo, ni en los demás, que la cólera se haya puesto del lado del deseo, cuando la razón decide que no debe hacerse esto o aquello.

GLAUCO

Desde luego que no.

SÓCRATES

¿No es cierto que si uno cree estar en el error, mayor es la generosidad de sus sentimientos, y puede enfadarse menos, cualquiera que sea el sufrimiento que se experimente a manos de otro, ya sea hambre, frío, o cualquiera otro mal tratamiento, cuando creemos que tiene razón en tratarnos así, en una palabra, que la cólera no podría levantarse en nuestra alma contra él?

GLAUCO

Es la verdad.

SÓCRATES

Pero si uno se cree víctima de una injusticia, ¿no es verdad que se indigna, se irrita, y toma el partido que le parece justo; soporta con constancia el hambre, el frío y todos los tormentos que sea preciso sufrir, los domina y no deja de hacer esfuerzos generosos hasta obtener una satisfacción o sucumbir; o hasta que, la razón, siempre presente en nosotros, calma nuestra cólera como calma un pastor a su perro?

GLAUCO

Esta comparación es tanto más justa cuanto que en nuestro Estado hemos establecido que, en principio, los guerreros deben estar sometidos a los magistrados, como los perros a los pastores.

SÓCRATES

Tú comprendes perfectamente lo que quiero decir; pero debes hacerte también esta reflexión.

GLAUCO

¿Cuál?

SÓCRATES

La de que la cólera es evidentemente muy distinta de lo que nos ha parecido hace un momento. Pensábamos que ella estaba agregada a la parte concupiscente; ahora decimos que está muy alejada de ésta; debiéramos pensar, más bien, que cuando se suscita algún conflicto en el alma es la cólera la que toma las armas en favor de la razón.

GLAUCO

Evidentemente.

SÓCRATES

¿Ocurre esto siendo la cólera diferente de la razón o porque es solamente una de sus formas, de suerte que no hay en el alma tres partes, sino dos solamente, la parte razonable y la parte concupiscente? ¿O bien que, así como nuestro Estado está compuesto de los tres órdenes de mercenarios, guerreros y magistrados, hay también en el alma una tercera parte, el apetito irascible, que sea el auxiliar natural de la razón, a menos que no haya sido corrompido por una mala educación?

GLAUCO

Forma necesariamente una tercera parte.

SÓCRATES

Sí, sin duda, si se muestra distinta de la parte razonable, como se ha mostrado distinta de la parte concupiscente.

GLAUCO

No es eso difícil de reconocer. Vemos, en efecto, que los niños manifiestan la cólera tan pronto como nacen; que la razón no les viene nunca a algunos, y que al mayor número no les viene sino tarde.

SÓCRATES

Tienes completa razón. Todavía podemos dar una prueba más observando lo que pasa entre los animales. El verso de Homero que hemos citado más arriba puede servirnos también :

Ulises, golpeándose el pecho, increpa sí su alma (1).

Es evidente que Homero representa así dos principios distintos : de una parte la razón que riñe al valor después de haber reflexionado sobre lo que debe y no debe hacerse; y de otra parte, el valor que se irrita de una manera fuera de razón.

GLAUCO

Eso está muy bien dicho.

IV

1. — SÓCRATES

Hemos llegado — después de vencer muchas dificultades — a ponernos de acuerdo sobre este punto : que en el Estado y en el alma de un individuo hay partes correspondientes e iguales en número.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿No es indispensable que el particular proceda con la misma prudencia con que el Estado obra, y por la misma causa?

(1) *Odisea*, XX, v. 17.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

¿No es de absoluta necesidad que el Estado sea valeroso, del mismo modo y por la misma causa que es valeroso el particular; y en fin, que todo cuanto contribuye a la virtud se encuentre igualmente en uno y otro?

GLAUCO

Sí, ello es indispensable.

SÓCRATES

Así pues, mi querido Glauco, diremos, si no me engaño, que cuanto hace justo al Estado hace también justo al individuo.

GLAUCO

Es una lógica consecuencia de lo anterior.

SÓCRATES

No hemos olvidado, sin duda, que el Estado es justo cuando cada uno de los tres órdenes que lo componen llenan únicamente la función que les es propia.

GLAUCO

Por mi parte, no creo que lo hayamos olvidado.

SÓCRATES

Recordemos, pues, que cada uno de nosotros será justo y cumplirá su deber si cada una de las partes que constituyen su alma llena su misión.

GLAUCO

Ciertamente, es preciso recordarlo.

SÓCRATES

¿No corresponde a la razón el ordenar, como que

en ella reside la sabiduría, y está encargada de vigilar el alma entera; y no corresponde a la cólera obedecer y secundar a la razón?

GLAUCO

Evidentemente.

SÓCRATES

¿No es la combinación de la música y de la gimnasia, como decíamos atrás, la que traerá un acuerdo perfecto entre esas dos partes, fortificando y nutriendo la razón con bellos preceptos y por medio de las ciencias, suprimiendo, calmando y suavizando la cólera por el número y la armonía?

GLAUCO

Perfectamente.

SÓCRATES

Esas dos partes educadas, instruidas y ejercitadas de ese modo para el cumplimiento de los deberes que les son propios, deberán gobernar la parte concupiscente que es la que ocupa mayor espacio en el alma de cada uno de nosotros y que es, por eso mismo, y naturalmente, insaciable en lo que a riquezas se refiere. Deberán cuidar de que esta parte, después de haberse ensanchado y fortificado por el goce de los placeres del cuerpo, no deje de llenar los deberes que le son propios y no pretenda usurpar, sobre ellas, una autoridad que no le pertenece y que llevaría a todas las almas un extraño desorden.

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

En presencia de enemigos de fuera, ¿no tomarán las

mejores medidas para la seguridad del alma y del cuerpo? La una deliberará; sumisa a su mandato, la otra combatirá y ejecutará con valor las órdenes que haya recibido.

GLAUCO

Muy bien.

SÓCRATES

Y daremos el título de valiente a un hombre cualquiera siempre que esa parte del alma, en donde reside la cólera, siga sin vacilar, ora en medio de las penalidades, ora en medio de los placeres, las órdenes de la razón, ya sea que haya o no haya peligro en ejecutarlas.

GLAUCO

Bien.

SÓCRATES

Le llamamos prudente a causa de esta pequeña parte que ha ejercido el mando y dictado las órdenes, porque sólo ella posee en sí misma el conocimiento de lo que es útil a cada una de las tres partes y a todas juntas.

GLAUCO

Perfectamente.

SÓCRATES

¿Y no le llamamos temperante a causa de la armonía y el acuerdo que reina entre la parte que ordena y las partes que obedecen, cuando estas dos últimas convienen en que corresponde a la razón mandar y no se ponen en desavenencia con ella?

GLAUCO

La temperancia no es otra cosa, ya se trate del Estado, ya se trate del individuo.

SÓCRATES

Será justo, en fin, por la razón y de la manera que hemos expuesto a menudo.

GLAUCO

Necesariamente.

SÓCRATES

¿No hay nada que oculte la justicia e impida que ella aparezca en el individuo tal y como se ha mostrado en el Estado?

GLAUCO

No lo creo.

SÓCRATES

Si quedase aún alguna duda en nuestro espíritu, la haríamos desaparecer completamente oponiéndole consecuencias absurdas.

GLAUCO

¿Cuáles?

SÓCRATES

Sí con respecto a nuestro Estado y al individuo formado sobre su modelo por la naturaleza y la educación, se tratara — por ejemplo — de averiguar entre nosotros si ese hombre sería capaz de tomar, para su propio provecho, un depósito de oro o de plata, ¿crees tú que alguna persona le creyera más capaz de tal acción que cualquiera otro de aquellos que no se le asomejan?

GLAUCO

Yo no lo creo.

SÓCRATES

¿No sería igualmente incapaz de robar los templos o a las demás personas, y de traicionar a sus amigos o a su patria?

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿No sería también incapaz de faltar a sus jura-
mentos y demás compromisos?

GLAUCO

Sin duda.

SÓCRATES

El adulterio, la falta de respeto a los padres y de
piedad hacia los dioses serán también faltas en que
incurrirá menos que ninguna otra persona.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿La causa de todo esto no está en que cada una de
las partes de su alma llena su deber, sea para man-
dar, sea para obedecer?

CLAUCO

Tal es la causa.

SÓCRATES

¿Dudas todavía de que la justicia sea otra cosa que
esta fuerza que forma hombres y Estados como los
que acabamos de describir?

2. — SÓCRATES

Vemos ahora completamente realizado lo que en un
principio nos pareció un sueño. Echábamos apenas las
bases de nuestro Estado, cuando un dios nos ha hecho
encontrar, como por casualidad, el principio y algo
así como un modelo de la justicia.

GLAUCO

Es la verdad,

SÓCRATES

Así pues, mi querido Glauco, nosotros trazábamos la imagen de la justicia — y esto explica nuestro éxito — cuando exigíamos que aquel que hubiese nacido para zapatero, carpintero, o para cualquier otro oficio, debía desempeñarlo bien sin entrometerse a hacer otra cosa,

GLAUCO

Evidentemente.

SÓCRATES

En efecto, la justicia era algo parecido. No se limita a las acciones exteriores del hombre; regula su fuero interno en cuanto a él mismo y a sus deberes se refiere, sin permitir que ninguna de las partes del alma haga cosa alguna que le sea extraña ni se inmiscuya en sus funciones reciprocas. Quiere ella que el hombre, después de haber determinado las funciones que a cada una le corresponden, después de haber asumido el dominio sobre si mismo, después de haber establecido en sí mismo el orden y la concordia, y puesto entre ellas un acuerdo tan perfecto como entre los tres tonos extremos de la armonía — la octava, la baja y la quinta — y los demás tonos intermedios — si los hay, — y presentado en conjunto todos los elementos que lo componen, a pesar de su diversidad, la armonía sea una, llena, mesurada; ella quiere, digo, que solamente entonces comience el hombre a obrar, ya sea que ponga su actividad al servicio de la adquisición de riquezas, ya al servicio de los asuntos públicos, ya que la dedique a la vida privada; ella quiere que juzgue siempre y dé el nombre de justa y de bella a toda acción que despierte y mantenga en él ese bello orden; que dé el nombre de prudencia a la ciencia que

dirige esa acción, y que, inversamente, dé el nombre de injusta a la acción que destruye siempre este orden, y el de ignorancia a la opinión que preside a semejante acción.

GLAUCO

Mi querido Sócrates, nada más exacto que lo que decis.

SÓCRATES

Sea; si dijésemos que hemos descubierto lo que es un hombre justo, un Estado justo, y en qué consiste la justicia del uno y del otro, me parece qué no se podría decir que estábamos muy equivocados.

GLAUCO

Ciertamente que no.

SÓCRATES

¿Haremos la declaración de que no nos hemos engañado?

GLAUCO

Sí, hagámosla.

3. — SÓCRATES

Consiento en ello. Sin embargo, creo que ahora nos falta examinar la injusticia.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

¿Puede ser ella otra cosa que una sedición entre las tres partes del alma, un apresuramiento o vivo deseo de entrometerse en todo, una usurpación de funciones, una insurrección de una parte del alma contra toda ella con el fin de asumir una autoridad que no le pertenece, porque está naturalmente hecha para obe-

decer a aquella que está hecha para mandar? Diremos que es ese desorden el que da origen a la injusticia y a la intemperancia, a la cobardía, y en una palabra, a todos los vicios.

GLAUCO

Eso es cierto.

SÓCRATES

Puesto que conocemos la naturaleza de la justicia y de la injusticia, conocemos también, esto es claro, la naturaleza de las acciones justas e injustas.

GLAUCO

¿Cómo así?

SÓCRATES

La cosas sanas engendran la salud, las cosas malas la enfermedad.

GLAUCO

Sí.

SÓCRATES

Del propio modo, ¿no engendran las acciones justas la justicia, y las acciones injustas la injusticia?

GLAUCO

Necesariamente.

SÓCRATES

Engendrar la salud es establecer entre los diversos elementos del cuerpo el equilibrio natural que somete los unos a los otros; engendrar la enfermedad es hacer que uno de esos elementos domine a otro o que éste lo domine, contra las leyes de la naturaleza.

GLAUCO

Eso es verdad.

SÓCRATES

Por la misma razón, engendrar la justicia es establecer entre las partes del alma la subordinación que ha puesto allí la naturaleza; engendrar la injusticia es dar a una parte sobre otra un dominio que va contra la naturaleza.

GLAUCO

Muy bien.

SÓCRATES

La virtud es, pues, en mi concepto, salud, belleza, buena disposición de alma; el vicio, por el contrario, es enfermedad, fealdad, debilidad.

GLAUCO

Ello es así.

SÓCRATES

¿No contribuyen las acciones honradas a hacer nacer en nosotros la virtud, y las acciones vergonzosas no engendran el vicio?

GLAUCO

Necesariamente.

SÓCRATES

Lo que nos falta por averiguar ahora es si es útil ejecutar actos justos, aplicarse a lo que es honrado, y ser justo, ya se le conozca, o no por tal; o si es conveniente cometer injusticias y ser injusto, aun bajo el supuesto de no ser nunca castigado y de que no habrá de enmendarse por el castigo.

GLAUCO

Paréceme ridículo, Sócrates, detenerse a hacer semejante examen, porque, si cuando la salud del cuerpo está completamente arruinada, la vida se hace insoportable aun en medio de los placeres de

la mesa, en el seno de la opulencia y de los honores, con mayor razón lo será cuando el alma, que es el principio de la existencia, está alterada y corrompida, aunque se tenga, por otra parte, el poder de hacerlo todo, excepto lo que pudiera libertar al alma de la injusticia y del vicio y favorecer la adquisición de la justicia y de la virtud. Esto me parece evidente, sobre todo después del juicio que nos hemos formado de la una y de la otra.

SÓCRATES

Sería ridículo, en efecto, detenerse a hacer ese examen; pero ya que hemos llegado al punto de convencernos de una manera que no deja duda de que tal es la verdad, precisa que, por cansancio, no vamos a dejar las cosas ahí.

GLAUCO

No, es preciso no descorazonarnos en manera alguna.

SÓCRATES

Acércate para que estudiemos las diversas formas que, en mi concepto, asume el vicio; hablo de aquellas formas dignas de ser consideradas.

GLAUCO

Te escucho. ¿Cuáles son?

SÓCRATES

Desde la altura a que esta conferencia nos ha traído, me parece ver que la forma de la virtud es una, y que las formas del vicio son innumerables, pero que hay cuatro dignas de llamar nuestra atención.

GLAUCO

¿Qué quieres decir?

SÓCRATES

Es bien posible que el alma tenga tantas formas como hay formas de gobierno.

GLAUCO

¿Cuántas cuentas tú?

SÓCRATES

Cinco de una y otra parte.

GLAUCO

Designálas.

SÓCRATES

Empiezo por decir que la forma de gobierno que hemos expuesto es una, pero que pueden dársele dos nombres. Si entre los magistrados gobierna uno solo, el gobierno será llamado monarquía, y si la autoridad está distribuída entre varios, se le dará el nombre de aristocracia.

GLAUCO

Bien.

SÓCRATES

Yo digo que no hay aquí sino una sola forma de gobierno. ¿Qué importa, en efecto, que él esté en manos de varios o en manos de uno solo? Ello no cambiará en nada las leyes fundamentales del Estado mientras se mantengan en vigor los principios de educación y de instrucción que hemos establecido.

GLAUCO

No hay apariencias de ello.